

caballo que se manca en la caballeriza, y del hierro que si no se usa se cubre de orin, y él mismo se consume. Porque por la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos desta lumbre del cielo, ni querer granjear con este talento que el Señor nos entregó, permite él que vengamos á caer en alguna ceguera, con que perdamos este grande beneficio. Por lo cual nos aconseja el Apóstol (n) que juntemos con la fe la buena consciencia; porque por falta della muchos vinieron á perderla

CAPITULO II.

De la division de la fe, en fe formada y informe, que es con caridad y sin caridad, y de las excelencias y propiedades de la fe.

Ahora es de saber, que la fe unas veces está acompañada con caridad (y llámase entonces fe formada ó fe viva (a), porque recibe vida de la caridad, que es como ánima de la fe), y otras veces está sin caridad (y llámase entonces fe informe, y fe muerta), no porque no sea verdadera fe, sino porque le falta el lustre, y la vida, y la perfeccion y hermosura que le viene cuando está encendida y abrasada con la caridad. Dicen que el ámbar por sí solo no tiene olor suave; mas juntándolo con almizcle, recibe dél la suavidad y olor tan afamado que tiene: y lo mismo podemos decir en su manera de la fe, cuando está acompañada con la caridad; sino que la caridad es mas excelente virtud que esa fe, como el Apóstol dice (b).

Es pues agora de saber, que esta fe que está acompañada con la caridad tiene tambien anexa consigo la obediencia de los mandamientos divinos, á la cual nos inclina esa misma fe. Porque lo proprio della (cuando está formada) es inclinar al hombre á que viva conforme á lo que ella le enseña. Y así cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (c): Si no hiciéredes penitencia, todos juntamente pereceréis; esfuérzase á hacer penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (d): No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando él mismo dice (e): Si no os humilláredes, y hiciéredes pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, trabaja por imitar la humildad y simplicidad destos pequeñuelos. Y lo mismo hacen en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fué la fe de aquellos que oyeron la predicacion de Sant Pedro: los cuales renunciaron todas las cosas que tenían, y pusieron el precio dellas á los piés de los apóstoles (f). Y tal fué tambien la de los ninivitas; porque de tal manera creyeron lo que el profeta Jonas predicaba (g), que se convirtieron á Dios, y desistieron de sus malas obras. De manera que bien mirado, la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera del vivir. La fe es una candela resplandeciente, que alumbrá nuestros entendimientos, y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras ánimas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es

(n) 1. Tim. 1.— (a) D. Bernar. Serm. 2. Resurrect. Domini in princ. (b) 1. Cor. 13. (c) Luc. 13. (d) Matth. 7. (e) Matth. 18. (f) Actuum. 4. (g) Jonæ. 3.

sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por dónde han de caminar.

La fe son aquellos ojos que, como dice Salomon (h), están en la cabeza del sabio, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriéndonos las celadas de los enemigos, y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oracion, con las cuales sube hasta la presencia de Dios, y alcanza dél lo que pide; pues dice el Señor (i): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la alcanzaréis, y dárseos ha. Y sobre todos estos títulos y excelencias, dice Sant Bernardo (k), que no hay cosa escondida á la fe. ¿Qué cosa hay, dice él, que no alcance la fe? La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razon no alcanza, comprehende las cosas oscuras, abraza las inmensas, entiende las futuras, traspasa los fines de la razon humana, y los términos de la experiencia, y el uso de la naturaleza, y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de Sant Bernardo.

La fe otros es, como dice Sant Juan (l), la victoria que vence el mundo. Esta es la que, segun Sant Pablo (m), justifica las ánimas, porque es la raiz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justificacion; y, como él mismo dice en otro lugar (n), por esta fe los santos vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerraron las bocas de los leones, apagaron las llamas del fuego, pusieron en huida las haces de los enemigos, hicieron fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios, y restituyeron á sus madres los hijos muertos. Y esta es, como el mismo Apóstol dice (o), la fe que tuvieron todos los santos patriarcas desde el principio del mundo, y por ella rigieron todos los pasos de su vida, fiándose de las palabras y promesas de Dios, creyendo lo que no veian, y esperando lo que no poseian, levantándose sobre toda la facultad de la razon humana, gobernándose por esta luz de la palabra divina. Lo cual es vivir por fe, como viven todos los justos, segun el Profeta dice (p). Porque la fe es para ellos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen. Y segun esto, la fe levanta al hombre á otro estado mas alto que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la lumbre del Espíritu Santo, ya tiene dentro de sí una cosa mas que humana, y comienza á entrar en la region y órden de las cosas divinas.

Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser, trabajar todo lo posible, por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque así como la caridad, y la esperanza, y todas las otras virtudes crecen con el uso y ejercicio dellas, y con el mérito de las buenas obras, así tambien crece la fe.

Y es aquí de notar, que no solamente la caridad, mas tambien el don del entendimiento, que es uno de los siete dones del Espíritu Santo, esclarece y perfecciona grandemente la fe. Y cuanto el hombre mas participa deste don del entendimiento, tanto cree con mayor claridad, despidiendo poco á poco de sí mucha parte de la oscuridad que está aneja á la fe. Y esto á veces en tanto

(h) Eccle. 2. (i) Marc. 11. (k) Sup. Cant. serm. 28. in med. (l) 1. Joan. 5. (m) Rom. 5. et 5. Galat. 2. (n) Hebr. 11. (o) Ubi supra. (p) Abac. 2.

grado, que á algunos que tienen la fe muy confirmada y ilustrada con este don, parece que ya no tienen fe, sino otra lumbre mas clara que ella. Mas no es así, sino que aquella misma fe que tenían está mas esclarecida con este susodicho don del entendimiento, que es como otra forma de esa misma fe. Y este don se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fe; la cual declara la hermosura y excelencia de la fe, y la conveniencia y consonancia suavísima de sus misterios. Y por esta humilde inquisicion y estudio de la verdad, merece el hombre que el Espíritu Santo (q) acreciente en él así la lumbre de la fe como este don del entendimiento, cuyo oficio es penetrar la verdad y conveniencia de los misterios que creemos. Y cuanto mas los penetra tanto mas firmemente los cree, y tanto mas se mueve á obrar y conformar con ellos su vida. Y como entre estos misterios el de la encarnacion y pasion del Salvador, y la pena y gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos eficacísimos para movernos al amor y temor de Dios, y á la guarda de sus mandamientos, síguese que cuanto mas firme y mas palpablemente, si decir se puede, cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve á lo dicho. Y en este sentido se declara tambien aquella sentencia del Profeta (r), que poco ántes alegamos. La cual dice, que el justo vive por fe; porque con la consideracion y fe destos tan grandes motivos que tenemos para bien vivir, ordenamos mas religiosamente nuestra vida. De donde se sigue, que cuanto mas crecida fuere la fe, tanto serán mayores los estímulos que tendríamos para caminar por este camino del cielo.

De lo cual todo se concluye, que así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raiz de los árboles (porque esto hecho, el beneficio de la raiz redundará luego en todas las ramas que della proceden), así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raiz de todas las virtudes, que es la fe; porque estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán mas abundantemente.

Pues para esto servirá en mucha parte la doctrina deste libro, que es como preámbulo y introduccion del Símbolo de la fe, que contiene los artículos y misterios della. Mas aquí no se trata de probar la fe por razones (pues ella no se funda en razones humanas, sino en la lumbre del Espíritu Santo, como ya dijimos); sino solamente procuramos declarar las excelencias de la fe, así para conseguir los efectos susodichos della, como para que el cristiano vea la hermosura y alteza de la fe que profesa, y juntamente trabaje por aprovecharse deste talento, y dar á Dios gracias por este beneficio, que á tantas naciones se ha negado, para que con este agradecimiento, y con el buen uso del beneficio, merezca que Dios se lo conserve y acreciente, en tiempo que tantos naufragios ha padescido hoy día la fe.

CAPITULO III.

De la primera excelencia de la doctrina de nuestra fe, que es haber sido enseñada, y revelada por Dios. Lo cual se entiende por los grandes errores de los filósofos, mayormente acerca del último fin del hombre.

La primera dignidad y excelencia que ha de tener la doctrina de la verdadera fe, es que ha de ser dada y enseñada por Dios. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, y el fundamento haya de ser fijo y firme (porque de otra manera todo lo que sobre él

(q) D. Thom. 1. 2. q. 68. art. 4. in corp. (r) Abac. 2.

se edificare se arruinaria), esta firmeza no se puede alcanzar, ni por la lumbre de la razon humana, ni por la doctrina y estudio de la filosofía. Y que la lumbre de la razon no baste para esto, vese claro por la infinidad de sectas y de dioses que habia en el mundo ántes de la predicacion del Evangelio, como adelante veremos. Lo cual todo duró por millares de años, sin que el tiempo, que todas las cosas descubre, fuese parte para desengañar los hombres, y sacarlos de tan pestilenciales errores. Pues por esta experiencia se ve cuán insuficiente sea por sí sola la razon humana para el conocimiento de las cosas divinas y de la verdadera religion.

Tampoco la razon ayudada con los estudios de la filosofía era bastante para esto. Lo cual se ve por la infinita variedad y contradiccion que los filósofos tuvieron en sus doctrinas. Lo cual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, y otro que Plutarco escribió de las opiniones diversas que los filósofos tuvieron en todas las materias que trataron. Sant Augustin (a) en el décimo octavo libro de la Ciudad de Dios refiere algo desta variedad, y así dice, que entre los filósofos, unos habia que afirmaban no haber mas que un solo mundo; otros decian que habia innumerables; y deste modo unos decian que tuvo principio, otros que fué *ab eterno* y sin principio, otros que se habia de acabar, otros que habia de durar para siempre; unos afirmaban gobernarse por la Providencia divina, y otros que todo se hacia acaso. Unos decian que nuestras ánimas eran inmortales, otros mortales; y los que decian que eran inmortales, afirmaban convertirse en ánimas de bestias; mas otros defendian lo contrario. Y los que las tenían por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan, otros que vivian un poco despues de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponian el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo, otros en el ánima, otros en ambas partes; y otros añadian á los bienes del cuerpo y del ánima, los bienes temporales. Unos decian que habíamos siempre de creer á lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente tanta era la contradiccion que habia entre ellos, que se levantó al cabo otra nueva secta de los filósofos que llamaban académicos nuevos: los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decian que nada se podia saber averiguadamente, sino con alguna verosimilitud y apariencia; y así su oficio era probar con razones la una parte y la otra su contraria, y dejar la cosa indeterminada. Por la cual causa dice Teodoreto en el libro primo de la Providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de filósofos, porque ellas mismas con su contrariedad se deshacen unas á otras; pues la verdad no es mas que una sola, mas las falsedades, que se desvian del blanco de la verdad, pueden ser infinitas.

Mas allende lo dicho, la cosa que mas claramente prueba la insuficiencia de la filosofía, para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fuéron y serán nacen con apetito y deseo natural de llegar á un estado en el cual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear; y así cese la rueda viva de nuestro apetito, el cual siempre padece una hambre canina, deseando mas de lo que tiene para llegar á

(a) Cap. 41.

este estado. El cual llamaban felicidad, bienaventuranza, summo bien del hombre, y su último fin. Y no dudaban ser posible llegar á tal estado; pues no era razon que el autor de la naturaleza imprimiese en nuestros corazones apetito y deseo natural de cosa imposible, pues es cierto que ninguna cosa hace de balde y sin propósito. Convencidos pues los filósofos por esta razon, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué género de bienes consistia esta felicidad y último fin, por entender que no podian ordenar bien su vida, sino entendiendo el fin á que se ordenaba. Ca en las cosas que se ordenan para algun fin, la regla de lo que se ha de hacer se toma del mismo fin. Desta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que conforme á él enderece su camino. Y el médico que ha de curar un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme á ella aplique las medicinas. Pues segun esto, para enderezar bien la vida del hombre es necesario saber primero el último fin del hombre, para que conforme á él se enderecen todos los pasos della. Y por esta causa Aristóteles, queriendo en el libro de sus Eticas dar á los hombres reglas y órden de bien vivir, trató primero del último fin del hombre; porque de aquí habia de tomar el tino para acertar á darle avisos, y reglas, y órden de vida por la cual lo habia de alcanzar.

§. I.

De los errores de los filósofos acerca del último fin.

Pues entendiendo esto los filósofos que profesaban ser maestros de bien vivir, todo su estudio pusieron (como dijimos) en querer saber en qué linaje de bienes consistia este fin. En lo cual anduvieron tan desvariados, que Marco Varron (b), segun refiere y declara Sant Augustin en el libro decimonono de la Ciudad de Dios, cuenta doscientas y ochenta opiniones diversas, en que unos y otros ponian este último fin. Lo cual no parecia cosa creible, si no lo dijera un hombre de tanta autoridad.

Este mismo Marco Varron (c), que así entre autores griegos como latinos fué muy afamado, quiso tambien determinar en qué linaje de bienes consistia esta tan deseada felicidad. Para lo cual presupone, que el hombre ni es el ánima sola, ni el cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente. Y segun esto, pone esta felicidad en la posesion de los bienes del cuerpo y del ánima juntamente. Y como en el ánima haya dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, en el entendimiento quiere que haya perfecta sabiduría (porque esta es su propio bien), y en la voluntad quiere que haya consummada virtud, domadas ya y mortificadas las pasiones que le hacen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, añade buena disposición y buena complexion. Y á estas cosas añade Aristóteles conveniente porción de bienes temporales, de que se sirva la virtud. De donde se sigue que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la posesion de todos los bienes, ha de tener una bula de general exencion de todos los males y miserias desta vida; pues estos por una parte inquietan el ánima, y por otra perjudican á los bienes del cuerpo, que tambien se requieren para esta bienaventuranza.

Despues de haber referido Sant Augustin la opinion deste filósofo (d), escarnece de tan grande desvario, como era poner bienaventuranza en una vida cercada

(b) Cap. 1. (c) Lib. ut supr. cap. 3. (d) Eod. lib. cap. 4.

por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adam, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado. Porque si esta bienaventuranza consiste en la posesion de todos estos bienes del cuerpo y del ánima, y en la exencion destas dos partes del hombre, ¿qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes, y tan exempto de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones, un valle de lágrimas, una cárcel de condenados, donde son muchas mas las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza; donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del ánima, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las invidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos, tantas las sinjusticias de los malos jueces; donde hay tan poca verdad, tan poca fe, tan poca lealtad; donde la malicia y ambicion reina, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale mas ni puede mas que el dinero, donde el hijo á veces desea la muerte á su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano, por venir á ser su heredero? Pues ¿qué diré de la continua guerra de la carne contra el espíritu? ¿Qué de las tentaciones del enemigo? ¿Qué de las batallas crueles y sangrientas que por mar y por tierra perturban la paz y sosiego de los mortales? ¿Qué de las asechanzas y falsos testimonios, y pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos? ¿Qué de la tiranía y soberbia de los poderosos? ¿Qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomon (e) tenia por tan grande mal, que por esto alababa mas á los muertos que á los vivos, y que tenia por mas dichoso al que no habia nacido ni visto los males que pasan debajo del sol. Pues ya los desastres y acaescimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las cárceles, los partos revesados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y males de los viejos, y las pobreza y falta de lo necesario, que generalmente padecen los hombres miserables, ¿quién las contará? Tal es finalmente esta vida, que el sancto Job (f), como hombre tan experimentado en las miserias della, dice ser toda ella batalla, ó tentacion. Cuyas miserias á veces llegan á tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus propias manos, por librarse dellas. Pues ¿quién será tan ciego, que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tanta infinidad de miserias hay que la agüen y encuentren? Las cuales, no solo nos dan este desengaño, mas tambien nos avisan que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso, sin llevar á Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal, porque nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen á él, y nos declarasen que no podiamos navegar seguros entre tantos bajos, sino llevando él el gobernalle de nuestra vida, y librándonos dellos, ó dándonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos; pues, como Sant Gregorio dice (g), mejor libra cuando da paciencia.

Y tornando al propósito, si demas de lo dicho se re-

(e) Ecl. 4. (f) Job. 7. (g) Lib. 26. Moral. cap. 16. 17. etc.

quiere para esta felicidad cumplida sabiduría, ¿cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla! pues dijo Platon que eran dichosos aquellos que habian llegado á ser sabios, aun en la vejez. Y si junto con la sabiduría se requiere perfecta virtud, y para esta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones, ¿quién será tan dichoso, que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aquí? Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar, pedian tantas otras para el bien del cuerpo (como ya dijimos), ¿cuándo ó dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dijo Tulio (h), que apenas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerian para ser un perfecto orador, las cuales por maravilla se hallaban en una persona. Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, ¿cuánto mas lo serán las que se requieren para hacer un hombre bienaventurado; de las cuales una sola que le falte basta para escurecer toda su felicidad? Porque mas parte es esta sola para hacerle miserable, que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró á la clara aquel gran privado del rey Asuero Aman (i), el cual, siendo uno de los mas bien afortunados hombres del mundo, confesó que con toda su prianza y riquezas, le parecia no tener nada, porque Mar-doqueo no le hacia la reverencia que él queria.

§. II.

Inférese que el conocimiento que no pudo dar la filosofía humana se consigue en la filosofía de Cristo.

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un hombre, ¿quién será feliz? Y ¿qué mayor inconveniente podia ser que consiguiendo todos los brutos animales ordinariamente sus propios fines, solo el hombre (para quien todo este inferior mundo fué criado) esté tan léjos de poderlo alcanzar? Mas con todo esto, los filósofos que así se engañaron, en parte merecen perdon, y en parte no. Merecen perdon, porque considerando el apetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendian que podian llegar á serlo, como ya dijimos, y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados á buscarla en esta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes della habia, unos ponian la felicidad en un linaje de bienes, y otros en otros, segun la aficion y gusto de cada uno. Mas por otra parte no merecen perdon, pues apretados con tantas angustias, no pidieron luz á su Criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida; sino fiados vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podian comprehender en qué consistia esta felicidad, mas tambien que por sus fuerzas naturales la podian alcanzar, que era otro desvario no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una es, que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito (y esta no se halla en esta vida), siguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra; porque no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento desta verdad es de tanta importancia, que lo pone el Apóstol (k) por el primer fundamento de la Cristiandad, diciendo: que el que se llega á Dios ha de creer que hay

(h) Cicer. de Oratore. (i) Esther. 5. (k) Hebr. 11.

Dios, y que es remunerador de los que le sirven. Lo segundo (cuanto á nuestro propósito pertenece) de aquí se infiere, que no era suficiente la filosofía humana, ni para enseñarnos la verdadera religion y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir; porque pues no pudieron alcanzar cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podian enseñarnos por qué medios habiamos de conseguirlo, pues la razon de los medios se toma del fin, como dijimos.

De donde se infiere que la divina Providencia, la cual (como toda la filosofía confiesa) no falta en las cosas necesarias, no era razon que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia á ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyéndolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo habia de faltar á la mas noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es que la cosa mas necesaria al hombre es, saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, y junto con esto conocer el fin para que el mismo Dios lo crió, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quien la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y virtud mas que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad, de que pende el gobernalle de nuestra vida. Por tanto no era razon que el Criador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su ánima, pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque contra todo el órden de su sabiduría y providencia, era tener tanto cuidado de lo que era ménos, y olvidarse de lo que era mas, y tanto mas. Y pues esta desorden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduría, siguese que á ella pertenecia revelarnos esta verdad, de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparta de lo otro, pues como dice Eucherio, quiso él que nuestro remedio fuese tambien su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho no se concluye otra cosa mas de que á la perfeccion de la divina Providencia pertenece revelar y enseñar á los hombres el camino de su felicidad y salvacion.

Mas aquí es de notar que, no solo la necesidad, sino la amistad de Dios para con los buenos confirma esta susodicha verdad. Para lo cual presuponemos lo que adelante se declara, que en la Iglesia cristiana ha habido innumerables varones sanctísimos, así mártires como confesores, monjes y vírgines, en cuya comparacion toda la virtud de los otros hombres, aunque sea de muchos grandes filósofos, era como sombra en comparacion desta. Pues es cierto que así como no falta Dios á sus criaturas en las cosas necesarias, así tambien lo es que ama á los buenos; pues él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, ha de ayudar y socorrer en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvacion de sus ánimas, y esta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si él no les da este conocimiento. Y pues todo esto es verdad, siguese que á los buenos habrá dado Dios este conocimiento. Y pues estos presuponemos que señaladamente han florecido en la Iglesia cristiana mas que en otra parte alguna, siguese que en ella está el verdadero conocimiento de Dios, dado por el mismo Dios. Y para confirmacion desta verdad sirve todo lo que en esta primera parte se trata. De donde se